

PEDRO LAÍN ENTRALGO, *La Generación del Noventa y Ocho*. Madrid, 1945. 460 págs.

Este estudio de la Generación del 98, como tal generación, es sumamente valioso, y hemos de decirlo al comenzar esta reseña. No es sin embargo un "buen libro" por los motivos que intentaré poner en claro; es sencillamente un libro valioso en el cual se afirma la existencia de aquella generación, mas allá de cualquier duda y sin frivolidad alguna. No es que Laín evite los lugares comunes de los manuales, sino que encuentra los aspectos "generacionales" de cada uno de sus miembros, ahondando en el entendimiento del concepto de "generación"; miembros de ella son, para el autor, ante todo Unamuno, Ganivet, Azorín, Antonio Machado, Baroja, Valle-Inclán y Maeztu, si bien evita la frecuente casuística de las inclusiones y las exclusiones. En este sentido la Generación del 98 se convierte en la realidad vital humana de aquel otro abstracto concepto del libro de Laín, *Las generaciones en la historia*, publicado en el mismo año.

El autor elude las polémicas y aspira a la comprensión. Después de revisar brevemente el problema, establece e ilustra la básica "indefinición" de aquel grupo de escritores a fin de eliminar los tan usuales criterios externos. No se interesa Laín en unos escritores a quienes acontece meramente escribir del mismo modo y en el mismo tiempo; intenta hallar, más bien, alguna base común de vida y de pensamiento vivo para los distintos autores. De ahí el gran valor del libro.

La investigación del autor se dirige primeramente hacia la biografía; intenta trazar una biografía ideal de la generación cuyos miembros, habiendo nacido en las provincias, vinieron a Madrid, en donde a la vez se castellinizan, se sitúan en oposición respecto a las circunstancias históricas de su tiempo. El estudio de su paralela actitud frente a la España de la Restauración (los "años bobos" de Galdós) está seguido de un penetrante análisis del Madrid de 1898, el medio vital de todos aquellos escritores. Procede luego Laín a exponer las ideas y la tabla de valores de los hombres del 98 en relación con España, puesto que es justamente en el llamado "problema de España" en donde encuentra Laín sus factores "generacionales." Investiga primero la combinación del amor por España y de la crítica amarga de su historia, tan característica del 98, y después, las diversas versiones de la "intrahistoria" formuladas por cada escritor a fin de superar tal paradoja. La sustancia del pensamiento vivo de aquella generación se manifiesta en el "hombre de carne y hueso" de Unamuno, en el "pequeño hecho" de Azorín, y en la creación de un nuevo lenguaje hispánico por Valle-Inclán.

Su amor a España y su hostilidad contra nuestra historia visible les llevan a buscar "otra España" en el pasado, en el futuro y en la realidad misma del país. Este empeño de españoles tiene un correlato intelectual en el de hallar dentro del acontecer humano algo que no sea "Historia" en el sentido tradicional y consuetudo de esta palabra. España es amable y su historia no, porque España no es su historia. Pues bien, la tácita consideración de lo que España es por debajo de su historia visible, les conduce hacia el concepto universal, genéricamente humano, del "algo" que en el acontecer de los hombres no es historia. Ese modo de existir que no es historia, sin dejar de ser vida humana y personal, eso que les permite seguir siendo hombres después de haber dimitido su condición de seres históricos vendrá a tomar en la obra de cada uno figura y nombre distintos. (Pág. 302).

Muestra Laín cómo cada autor aspiró a la acción directa y a intervenir en política, intentos que a la postre se resolvieron en mera ensoñación. Pero el sueño del 98 no se resolvió en huidas individuales; fué un sueño de una

España posible, de una actividad llena de sentido para los españoles, de una "historia" que no traicionase a la "intrahistoria" como había hecho la Restauración.

El método según el cual se establecen estas semejanzas es bastante curioso. Cada una de las ideas antes mencionadas se divide en una serie de subclases. Así por ejemplo, la crítica de España se divide en: 1) crítica de la vida española, 2) crítica de la historia de España, 3) crítica de la "peculiaridad psicológica" del español. Dentro de estos apartados se examina la posición de cada autor con citas e interpretaciones adecuadas. Se sigue así un método escolástico, ya que cada autor es fragmentado, una y otra vez, a fin de poner en claro las semejanzas "generacionales". Después de probar cada punto, comienza otro desfile de los mismos autores con objeto de probar el siguiente. Al terminar su tarea, concluye Laín con el tradicional "quod erat demonstrandum". Tal método hace pensar al lector que se halla frente a una novela por entregas. El clásico "se continuará" está reflejado en frases como ésta:

La visión estética del paisaje y la rememoración de nuestra historia, según la técnica evocativa que antes mostré, son los métodos más empleados por Azorín para llegar a la intimidad de la vida española. Pronto contemplaremos nosotros lo que en ella descubre. (Pág. 344).

Este orden lógico-escolástico resulta a la postre fatigoso, y parece como sobreañadido a la interpretación crítica dentro de cada apartado, de acuerdo con la buena tradición de la crítica española, a la vez intuitiva e iluminadora. El curso del pensamiento del autor aparece frenado continuamente, vuelve atrás, no halla su forma natural por impedirselo una serie de imposiciones intencionales.

Hubiéramos preferido un estudio paralelo de cada autor; el libro habría tenido así más integridad y habría ilustrado la sustancia "generacional" a satisfacción de todos. Plutarco, e incluso Platón, hubieran servido como modelos más flexibles que Aristóteles, y habrían llegado a algo más significativo que el final e innecesario "quod erat demonstrandum".

Se dirá, sin embargo, que si el libro es, según hemos dicho, valioso, carece de objeto discutir los procedimientos seguidos para lograr tan valioso resultado. Tal observación estaría justificada si *La Generación del Noventa y Ocho* fuera el producto necesario e inevitable de la intención expresada por el autor:

En mi caso, el propósito ha sido bien patente: con mi libro me he propuesto demostrar, a mi modo, que el grupo de escritores habitualmente llamado "del 98" constituye una verdadera generación española y literaria. (Pág. 452).

Ahora bien, leyendo a Laín, el lector percibe continuamente otra intención no expresada y oculta, una velada tesis tal vez causante de la superposición, algo falsa, de los razonamientos lógicos, e incluso silogísticos, en la obra. La disimulada subjetividad de tal intención ha sido compensada por la aparente objetividad de la argumentación escolástica. Me refiero, por supuesto, al hecho, no declarado en este libro, de ser Laín miembro prominente de la Falange española¹, y de ser sus opiniones sobre la Generación del 98, muy a menudo, las de un falangista. Es cierto que Laín acentúa su ferviente catolicismo, y critica a veces el anticlericalismo de ciertos autores del 98, pero es que el prejuicio falangista se revela aquí en un modo sólo indirecto. En la carta pre-

¹ Laín ha sido director de *Escorial*, órgano de la intelectualidad falangista, y su primer libro, no mencionado en la bibliografía impresa al final de éste, se titula: *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Madrid, 1941.

liminar a Dionisio Ridruejo aparece la referencia a "tú, yo, nuestros amigos"; al final, y en tono que quiere ser literario sin llegar a serlo de veras, surge la nota de esperanza para España que llegó a él a través de las "inequívocas" canciones de un "campamento juvenil". Todo el libro respira mesianismo, sobre todo el capítulo final sobre los hombres del 98 como soñadores de una nueva España; de este modo la famosa generación aparece como precursora de la propia generación falangista de Laín. Tanto es así, que este capítulo final es como una selecta antología de afirmaciones pre-falangistas. El contexto mental parece ser éste: la Generación del 98, después de fracasados intentos de acción política, soñó con una España grande, sueño que nosotros estamos en trance de realizar. Para Laín, el falangista, Azorín, Unamuno, Valle, Ganivet, Baroja y los demás son, sin duda alguna, honrosas personalidades, aunque ineficaces. Sus sueños son dignos de respeto y consideración, pero no son sino sueños.

Nada mejor que una cita del anterior libro de Laín, *Sobre la cultura española* (Madrid, 1943), para poner de manifiesto la oculta intención de este nuevo libro. Laín concibió aquella obra como el primer capítulo de una serie de meditaciones falangistas sobre España. Posteriores capítulos debían ser el volumen sobre Menéndez y Pelayo² y éste de la Generación del 98. Decía sobre él:

Tras el capítulo sobre Menéndez Pelayo vendrá otro sobre el primer fenómeno generacional de la cultura española, la llamada Generación del 98. Si la figura de don Marcelino requería una estimación justa y amorosa, mucho más este grupo de hombres, frente a cuya obra han sido ensayadas quizá todas las actitudes posibles, desde el puro papanatismo de tertulia hasta la oscura cerrazón del invidente o del resentido. Aspiro simplemente a que mi crítica sea transparente, fundada, amorosa e implacable. Los falangistas dirán luego si he acertado a expresar el sentir implícito de mi generación³.

He ahí la intención que yace bajo las demostraciones escolásticas adoptadas por Laín en 1945.

Aunque no me interese ningún intento de abanderar políticamente a los hombres del 98, es indudable que sería posible encontrar en ellos bases para una España no falangista, lo cual tendría tal vez más visos de certidumbre humana. Cabría, en efecto, formar una contra-antología de afirmaciones noventaiochistas favorables para el ideario de la República Española. Pero creo evidente que cualquier interpretación político-nacional de la literatura del 98 implica una manifiesta injusticia; se falsearía así el profundo sentido de aquella generación, un sentido que trasciende tanto las fronteras nacionales como la historia de las ideas. Aquella gran generación fué sobre todo literaria. El temprano fracaso político de aquellos hombres fué seguido de *ensoñaciones*, sólo si nos acercamos a tal realidad valiosa con los limitados criterios de Laín. Desde otros puntos de vista más sustanciales, el período segundo y creador de la generación consiste en excelsas *actividades* artísticas. El descubrimiento de la "intrahistoria"—esencial tarea de aquella generación— ha hecho posible en el mundo hispánico la primera gran época de expresión y conocimiento de sí mismo después del siglo xvii. Prescindir del significado artístico de la Generación del 98 equivale a falsearla básicamente. El hecho de que Laín haya concebido este y sus otros libros como contribuciones a "la común hazaña" incapacita al autor para revivir adecuadamente las vivencias que integran la íntima realidad de

² Menéndez Pelayo. *Historia de sus problemas intelectuales*, Madrid, 1944.

³ *Sobre la cultura española*, pág. 16.

una creación artística. Le es imposible concebir la actividad literaria como algo que se justifica por sí mismo. Por todo ello, *La Generación del Noventa y Ocho* como entidad, como "libro", es una falsificación sistemática del asunto tratado. Sin embargo, y si no dejamos de tener presente dicha falsificación, pudiéramos decir que el análisis detallado de los diferentes autores encuadrados en sus apartados lógicos es particularmente valioso. Es éste un libro cuyas partes suman más que su total.

STEPHEN GILMAN.

Princeton University.

ALEXANDER BRYAN JOHNSON, *A Treatise on Language*. Edited, with a Critical Essay on his Philosophy of Language, by David Rynin. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1947, 443 págs.

El abogado, comerciante y banquero Alexander Bryan Johnson (1786-1867) publicó su *Philosophy of Human Knowledge, or a Treatise on Language* en 1828. La edición de 1836, que corrige y amplía la anterior, lleva título más exacto: *A Treatise on Language, or The Relation which Words bear to Things*. Éste es el libro que reedita ahora Mr. David Rynin, presentando a Johnson como al más importante precursor norteamericano¹ de la investigación "semántica", en el sentido que dan hoy a este término los empiristas y positivistas lógicos.

El mismo Johnson consideraba su obra como un intento de enseñar a ver las cosas con independencia de sus nombres. Las cosas se dan directamente a los sentidos; los nombres son variables, convencionales y genéricos. Las palabras, explica una y otra vez el *Treatise on Language*, suelen emplearse en el razonamiento sin sentido (*meaning*), esto es, sin referencia a fenómenos efectivamente percibidos, y son así origen de continuos sofismas. Las formas del lenguaje aplicadas primeramente a la experiencia sensible, tendemos luego a utilizarlas allí donde falta esa experiencia; tendemos a suponer que a donde los sentidos no llegan puede llegar el lenguaje². El libro de Johnson abunda en críticas a opiniones filosóficas y científicas cuyo error o ambigüedad se explica por la falta de toda clara referencia a una percepción sensorial. Las especulaciones filosóficas, nos dice, suelen no ser otra cosa que deducciones verbales de nombre y definiciones; un cambio de convenciones idiomáticas basta para determinar el nacimiento de un nuevo sistema de filosofía.

Es evidente, para todo lector del *Treatise on Language*, la afinidad de estas consideraciones negativas sobre el lenguaje con las de la tradición empirista inglesa, aunque el extenso ensayo crítico de Mr. Rynin no se detiene a estudiar en detalle esa relación. Si, por otra parte, el libro de Johnson suele traernos a la memoria las denuncias de Kant contra la vaciedad de los conceptos sin intuición, es porque también a Kant llegan las doctrinas — tan familiares y gratas a Johnson — de Locke, Berkeley y Hume sobre la imperfección del lenguaje como instrumento cognoscitivo. Mucho mayor empeño pone Mr. Rynin en mostrar cómo las ideas de Johnson sobre el sentido de las expresiones idiomáticas, en cuanto estrictamente limitado a las experiencias particulares a que se refieren, prenuncian las de los modernos pragmatistas, instrumentalistas, "operacionalistas" y positivistas lógicos, las de Mach y Pierce, las de Bridg-

¹ Aunque nacido en Inglaterra, Johnson vivió desde su infancia en los Estados Unidos.

² Johnson identifica en más de un pasaje lo ideal con lo verbal. El punto matemático, dice alguna vez, es verbal, puesto que no es sensible.